

quistara; que siempre dichosos cuando habían estado unidos, desgraciados cuando habían estado separados, debían tener la superstición de su unión, y por la dicha de sus pueblos y la dicha privada, vivir y morir aliados.

Mucha verdad había en este lenguaje, no desde el punto de vista europeo, sino desde el punto de vista prusiano y ruso, y es seguro que si, al desunir á la Prusia del zar, reducían á Alejandro á que se mantuviera sobre el Vístula, debía sentir amargamente el haberle pasado á fines de 1812 y no haber tratado con Napoleón á principios de 1813, salvo, es verdad, la gloria adquirida de haber entrado en París y haberse conducido allí como vencedor generoso y civilizado.

Federico Guillermo era muy sensible á las consideraciones de rectitud y de constancia en amistad, y, por otra parte, conocía los favores que la Alemania debía al emperador Alejandro, pues si éste hubiese seguido los consejos de Kutusoff y tratado con Napoleón, después del paso del Berezina, el resultado de los acontecimientos hubiese sido muy diferente. Le afectó también la vehemencia de Alejandro, la cual (según las palabras de Mr. de Hardenberg) fué verdaderamente extraordinaria. Conmovido en el fondo de su alma y experimentando además una especie de superstición en su amistad con el zar, se arrojó en sus brazos y juró serle fiel. Pero Alejandro le dijo que la fidelidad del rey no era la fidelidad de los ministros, y que tenía motivos para dudar de ella. Para convencerse, se llamó á Mr. de Hardenberg y la explicación empezada con el rey se acabó delante del primer ministro. Ésta fué tan acalorada con este último como lo había sido con el mismo rey. Habiendo querido alegar algunas de las razones que presentaban los ingleses y los austriacos para tener á la Rusia alejada de la frontera prusiana, fueron violentamente rechazadas, y después de un vano esfuerzo de resistencia se vió obligado á rendirse y á prometer sostener la política en que acababan de comprometerse de la manera más solemne Alejandro y Federico Guillermo.

El arreglo que se comprometieron á defender consistía en el abandono á la Rusia de la mayor parte de las provincias polacas, mediante la devolución por completo de la Sajonia á la Prusia. En su proyecto, á la vez caballeresco y ambicioso de reconstituir la Polonia, Alejandro deseaba sobre todo poseer á Varsovia, que los últimos repartos habían concedido á la Prusia, con el fin de separar la cabeza del cuerpo y de este modo hacer un cadáver de este desgraciado país.

En efecto, los tres repartos de 1772, de 1793 y de 1795, habían sucesivamente dislocado la Polonia de modo que no se pudiera reorganizar jamás. En el primero (el de 1772, imaginado y negociado por Federico el Grande), cada una de las potencias copartícipes no había tomado de ella más que lo que le era necesario. La Prusia había adquirido las bocas del Vístula y las dos márgenes de este río hasta Thorn inclusive, á fin de hacer desaparecer los territorios polacos interpuestos entre la vieja Polonia y la Pomerania. El Austria había tomado la Galitzia en la falda de los Crapaks; la Rusia, el terreno tan dispuesto en la Edad Media por los moscovitas y polacos, es decir, la entrada colocada entre Smolensk y Witebsk, entre el nacimiento del Dwina

y el del Dnieper, y un territorio más allá de Jacobstad á Rogaczew, es decir, la parte oriental de la Lituania.

En 1793 y 1795 lo habían tomado todo, siguiendo cada uno sus conveniencias, pero procurando separar los miembros de la desgraciada Polonia de modo que no pudieran reunirse jamás. Así la Prusia se apoderó del gran ducado de Posen, indispensable para enlazar la Silesia con la vieja Prusia, toda la parte de Lituania que se extiende hasta el Niemen desde Drogitchin á Kowno, y en fin, á la misma Varsovia, que habían negado á la Rusia; porque ésta, destinada á tener la mayor parte del cuerpo, no adquiriese también la cabeza. El Austria había descendido el Vístula, á la izquierda hasta el Pilica y á la derecha hasta el Bug. La Rusia obtuvo lo demás, es decir, la Lituania entera, la Volhynia y la Podolia, etc.

Cuando Napoleón, en 1807 y 1809, proyectó reorganizar la Polonia bajo el nombre de gran ducado de Varsovia, no teniendo que guardar consideraciones á la Prusia, pero sí al Austria y á la Rusia, tomó primero á la Prusia las embocaduras del Vístula, Dantzic, que había erigido en ciudad libre, el ducado de Posen y el territorio á la izquierda del Niemen, y sobre todo Varsovia. En seguida se apoderó de las dos orillas del alto Vístula, hasta el Pilica y el Bug, dejando al Austria la Galitzia; pero no quitó nada á la Rusia, á la que contemplaba más aún que al Austria, puesto que, en aquella época, había hecho ya de esta nación el eje de su política. Con estos diversos pueblos formó el gran ducado de Varsovia, consistiendo principalmente en el cauce del Vístula, desde su nacimiento hacia los Crapaks hasta su desembocadura en el Báltico, llegando por un lado casi al Óder y extendiéndose hasta el Niemen por el otro, pero dejando fuera la Lituania y la Volhynia, la Podolia y la Galitzia, es decir, más de dos terceras partes del territorio polaco.

La Rusia, en 1814, queriendo á su vez reorganizar la Polonia, tenía sobre Napoleón la ventaja de poseer la mayor parte del territorio polaco; pero si la precisaban á detenerse en el mismo Vístula, no contaba más que con un lado del cauce de este río; sobre todo no podía adquirir á Varsovia, si observaban rigurosamente el espíritu y la letra de los tratados de Kalich, Reichenbach y Tœplitz. Así, pues, lo que Alejandro quería eran las dos orillas del Vístula para contar desde luego con Varsovia, cabeza y corazón del cuerpo á que trataba de dar vida; y sobre la orilla izquierda, bastante terreno para que la capital del nuevo Estado no estuviera en las fronteras. Por estos motivos deseaba adquirir todo el ducado de Posen, ó lo que es igual, redondear las dos orillas del Wartha. También habría querido extenderse por el Vístula hasta Cracovia, comprendiendo en este aumento las orillas derecha é izquierda del río; pero esto era pedir á la Alemania, y particularmente á la Prusia, que consintiese á la Rusia llegar hasta el Óder, lo que la colocaba muy cerca de Dresde y de Berlín, y al Austria que le dejase avanzar hasta muy cerca de los Crapaks, lo que era el abandono completo de la parte austriaca del gran ducado de Varsovia, que como la otra vez, se habían casi prometido repartirse. Es verdad que Alejandro decía que cuando habían prometido repartirse el ducado no habían reconquistado el Tirolo ni la Italia, ni la Holanda, ni la Bélgica; y el Austria,

tan prodigiosamente enriquecida con estas adquisiciones, bien podía abandonarle toda su parte del gran ducado.

Habiendo en aquel momento estrechado más sus lazos con la Prusia, se convino de nuevo en que la Rusia pasaría el Vístula y tendría la izquierda subiendo tan arriba como fuera posible. No obstante, por el lado de la Prusia, debía extenderse más ó menos en la dirección del Wartha, según que la Prusia consiguiese más ó menos terrenos en el centro de Alemania, es decir, en Sajonia. Este era un punto que debería decidirse después de concluida la cuestión de Sajonia, y en proporción del triunfo que alcanzase la Prusia en esta negociación. Respecto al Austria, Alejandro, al dejarla la Galitzia, que invariablemente había poseído desde el primer reparto, pensaba recobrar las porciones de la Polonia que aquella había adquirido en el segundo y tercer reparto, lo que comprendía la orilla izquierda del Vístula hasta el Pilica, y la orilla derecha hasta el Bug; y al abrigar estas miras Alejandro tenía razón, pues sin estas porciones de territorio, Varsovia al levante se encontraría aún en la frontera. Pero justamente esto era pedir al Austria toda su parte del gran ducado, que se había convenido en entregar á los antiguos copartícipes. Podían, es verdad, insistiendo sobre la adquisición del Tirolo y la Italia, no prevista en 1813, compensar el sacrificio exigido al Austria por el abandono de las minas de sal de Wieliczka, que para ella eran de la mayor importancia; de Cracovia podían hacer una ciudad libre, como lo habían proyectado hacer con Thorn y con todos los pueblos que se hallaban en su caso; podían, en fin, devolver el poblado y rico distrito de Tarnopol, que formaba la Galitzia oriental, y que había sido entregado por Napoleón á la Rusia en 1809. Por otra parte, allí se podía hacer valer la razón de necesidad, pues Varsovia carecía de pueblos limítrofes si no la engrandecían al levante con los países situados entre el Bug y el Pilica.

En cuanto á los arreglos que debían negociarse entre la Rusia y el Austria, la Prusia debía ser la intermediaria de las concesiones que la Rusia hiciera al Austria, para obtener el alto Vístula y llenar en lo posible una de las condiciones que Mr. de Metternich había exigido por el sacrificio de la Sajonia, la de unirse á las potencias occidentales en la cuestión polaca. En efecto, acabamos de decir que, precisado á prestarse á los manejos de lord Castlereagh, Mr. de Metternich se hallaba dispuesto á entregar la Sajonia á la Prusia con ciertas condiciones, que estaba persuadido no se cumplirían jamás; éstas eran que Maguncia perteneciera á la Confederación, que el Mein y el Mosela separasen los Estados alemanes del Norte de los del Mediodía, y en fin, que en la cuestión polaca, la Prusia opinase con la Inglaterra y el Austria. Decidida á conceder lo relativo á la Alemania, la Prusia, simulando que ayudaba al Austria en el trazado de las fronteras polacas hacia la Galitzia, podía decir que había llenado las condiciones impuestas al cambio de la Sajonia, y desde luego tener al gabinete de Viena comprometido en apoyarla. El triunfo de esta especie de comedia importaba mucho á Alejandro, pues la Rusia adquiriría en el ducado de Posen en proporción de lo que la Prusia obtuviese en Sajonia. Alejandro y Federico Guillermo, habiéndose

así puesto de acuerdo, fueron más audaces en su ambición y más resueltos en su lenguaje. No obstante, el príncipe de Hardenberg, á quien lord Castlereagh había creído convencer procurándole la Sajonia con las condiciones indicadas, no pudo ocultar al representante de Inglaterra los nuevos lazos que habían unido á la Prusia y á la Rusia. Le contó la escena que había pasado entre Federico Guillermo y Alejandro, afirmando que jamás había presenciado otra igual, y que ante tal escena toda resistencia era imposible. Lord Castlereagh vió de este modo destruidos sus cálculos y Mr. de Metternich realizados los suyos, pues este último había hecho creer que sacrificaba la Sajonia porque estaba persuadido de que la Prusia no llenaría las condiciones bajo las cuales se la cedían. Lord Castlereagh dirigió graves recriminaciones al príncipe de Hardenberg, le dijo que había debido presentar su dimisión antes que rendirse; pero todo fué en vano, nada pudo conseguir, y la alianza de la Prusia y la Rusia quedó más sólida que nunca.

En esta variedad de cosas, un incidente imprevisto puso en mayor evidencia el error de la diplomacia inglesa, y casi provocó una crisis. Se ha visto que la Rusia y la Prusia se atrevieron á tomar posesión de los territorios en cuestión, la Rusia evacuando la Sajonia para entregarla á las tropas prusianas, concentrando por consecuencia sus fuerzas hacia el Vístula y enviando al gran duque Constantino á Varsovia para organizar el nuevo reino de Polonia; la Prusia ocupando ostensiblemente y por completo la Sajonia, y mandando ya empleados civiles para establecer allí la administración prusiana. Esta doble manifestación produjo muchos inconvenientes, y como hemos dicho, no contribuyó poco á la inmediata reunión del congreso. Una publicación accidental, consecuencia inevitable de los actos imprudentes de la Rusia y de la Prusia, aumentó el escándalo, y colocó á sus adversarios en el último grado de la exasperación.

El príncipe Repnín, gobernador de la Sajonia nombrado por la Rusia, al dejar esta provincia, que con tanto acierto había administrado, creyó deber despedirse de los sajones, y en una proclama que se hizo pública les anunció formalmente que iban á pasar al gobierno de la Prusia, por consecuencia de un acuerdo de la Inglaterra y el Austria. Les dijo que además su país no sería dividido, que continuarían siendo, como les habían prometido, súbditos de un mismo soberano; que este soberano, Federico Guillermo, conocido por sus virtudes, aseguraría sus derechos y haría su dicha, como hacía ya la de sus numerosos súbditos; que, sin duda, debían acordarse de su antiguo rey, quien durante cuarenta años les había hecho disfrutar una vida tranquila, pero que un destino superior lo había decidido, y después de un justo recuerdo á Federico Augusto, deberían ser fieles á Federico Guillermo, mostrándose dignos de sus beneficios por su sumisión y fidelidad.

La buena fe de esta proclama, los excelentes sentimientos que respiraba, fueron de un grande efecto, probando hasta qué punto habían avanzado las cosas. Produjo una impresión extraordinaria sobre todos los alemanes reunidos en Viena. Lord Castlereagh y Mr. de Metternich fueron asediados á preguntas. Se les preguntaba si, con su consentimiento se hacía de la Sajonia

una provincia prusiana, en cuyo caso el congreso, solemnemente convocado en Viena, iba á ser reunido para consumar una usurpación no menos odiosa que las que se habían censurado en Napoleón. La agitación de los ánimos fué extremada, y lord Castlereagh, temiendo que en Inglaterra no se comprendiese bien una política que para comprar la Polonia sacrificaba á la Sajonia, y Mr. de Metternich, no teniendo duda sobre el detestable efecto de esta política entre los austriacos, se apresuraron á desmentir las aserciones del príncipe Reprín en las conversaciones y en los artículos de los periódicos, afirmando que el gobernador ruso de la Sajonia había dado por hecho lo que ni aun estaba resuelto, y dependía de negociaciones muy difíciles, y muy lejos de su conclusión. Los rusos y prusianos contestaron con bastante aspereza que todo consistía en la interpretación que se daba á las palabras; que, sin duda, no había nada firmado, pero que en una nota, que significaba un compromiso, el Austria había admitido la incorporación de la Sajonia á la Prusia, bajo condiciones que todas estaban cumplidas, y que la Inglaterra no se había opuesto jamás á esta incorporación. A estas aserciones, los austriacos replicaban que, expresándose así, se engañaba la buena fe de las legaciones reunidas en Viena, que el Austria había considerado siempre el sacrificio de la Sajonia como una desgracia para la Alemania, y por consiguiente para la Europa; que, sin cesar, había aconsejado á la Prusia que renunciase á ella por su propio interés, y que, en todo caso, el Austria había puesto condiciones y todavía no se había llenado la principal, la de que el gabinete de Berlín se separase de la Rusia en el arreglo de la cuestión polaca. En medio de estas contradicciones, de estos mentís, un nuevo hecho del mismo género vino á aumentar la exasperación de los ánimos. El gran duque Constantino publicó una proclama dirigida á los polacos, en la cual, á nombre de su hermano Alejandro, les exhortaba á que se reunieran alrededor de la antigua bandera de la Polonia para defender su existencia y sus derechos.

Este último manifiesto puso el colmo al disgusto general. Desde entonces, los adversarios de los prusianos y los rusos pensaron que era preciso que, á tanta audacia, se opusiera algo más que los artículos de los periódicos ó las diatribas de los salones de Viena; no vacilaron en decir que era urgente preparar las fuerzas y disponerlas de modo que pudiesen contener á los dos ambiciosos que querían repartirse la Europa á su antojo. Los bávaros y los austriacos eran los más irritados, los primeros porque la supresión de un Estado tan importante como la Sajonia era un ejemplo terrorífico para todos los príncipes de la Confederación; los segundos, porque la unión íntima de la Prusia y la Rusia, y el establecimiento de estas dos potencias en la falda de las montañas de Bohemia y de los Crapaks, era una empresa de las más peligrosas para su seguridad. Los austriacos, en particular, estaban exasperados con la arrogancia de los prusianos y los rusos, y se preguntaban qué hubiera sido de unos y otros si, después de las batallas de Lutzen y Bautzen, el ejército austriaco no hubiese volado en su socorro, y si en Dresde y Leipsick éste no hubiese sostenido el peso principal de la guerra. «Si la salvación de la Europa, decían con razón, era, como habían tenido la audacia de pretender, la obra

exclusiva de una parte de los aliados, ¿no era más justo adjudicársela á los que, pronunciándose en 1813 con peligro de su existencia y despreciando los lazos de familia, lo habían decidido todo, que á los que reducidos á sus propias fuerzas, no habían sabido defender ni el Saale, ni el Elba, ni el Óder?»

El príncipe de Schwartzberg, gozando de la general consideración, y no procurando hacer valer sus servicios, pero rudo y áspero cuando se le ponía en el disparadero, tuvo varias conversaciones con Alejandro, quien le guardaba siempre los mayores miramientos. El príncipe trató con poca consideración al emperador y se manifestó muy incomodado por el clamor universal; se atrevió á decirle que, después de haber confiado ciegamente en su lealtad personal, estaba casi arrepentido de su extremada confianza; y además añadió que si hubiese podido prever todo lo que pasaba, no habría aconsejado á su soberano que uniera los ejércitos del Austria á los de Prusia y Rusia; que él mismo no habría aceptado el mando de estos ejércitos, que no habría prodigado su sangre, devorado tantos insultos ni aglomerado sobre sí tanta responsabilidad por el triunfo de la causa común. Le recordó las instancias, las súplicas de los aliados para con el Austria, antes que hubiese tomado su partido, y su ingratitude después; le pintó el detestable efecto de aquellas audaces pretensiones, que eran la más brillante justificación de Napoleón, y por último, le demostró el peligro que se corría de abrir los ojos á la Europa al dejarla ver que sólo había cambiado de dueño. «Napoleón, dijo el príncipe de Schwartzberg, retirado en su isla, conserva todavía un poderoso ascendiente sobre todos los ánimos, y ¿qué sucedería si en medio de las cortes europeas, dando el espectáculo escandaloso de su codicia y sus divisiones, apareciera de repente en uno ú otro campo?»

El generalísimo austriaco estaba fuera de sí, y confundió al zar con la vehemencia de su lenguaje. Alejandro se excusó mucho, negó las ideas ambiciosas que se le atribuían, alegó de nuevo su lealtad, su conocida generosidad, citó sus compromisos con respecto á los polacos y prusianos, se mostró muy sorprendido de la exaltación que manifestaban por un arreglo que le había parecido tan natural, y sobre todo dejó conocer el disgusto que le causaba que las cosas hubiesen ido tan lejos. No obstante, aunque empleando el tono de la excusa y del arrepentimiento, no pareció haber renunciado á sus ideas.

Por grande que fuera el deseo de evitar la guerra y de recurrir á la Francia, lo que habría sido inevitable en caso de un rompimiento, era preciso pensar en esto. Lord Castlereagh acababa de recibir de Inglaterra instrucciones que cambiaban su situación, y debían también modificar su conducta. Hasta entonces, conduciéndose como los ministros británicos, que en todo tiempo daban de barato los intereses hannoverianos, más caros á la familia reinante que á la nación inglesa, ninguna cuenta había tenido de los pesares de los príncipes alemanes, y había parecido olvidar, en la cuestión de Sajonia, que él era ministro de un rey de Hannover tanto como de un rey de Inglaterra. El verdadero motivo de esta conducta era que había supuesto en el parlamento de Inglaterra más entusiasmo en favor de la Polonia que en el de la Sajonia. Por consiguiente, no era

posible que le dejaran por más tiempo siguiendo semejante táctica. Se habían escrito en Viena una multitud de cartas al príncipe regente de Inglaterra, sobre todo por los príncipes de Coburgo. Durante las últimas guerras, estos príncipes se habían unido á la Rusia, habían servido en sus ejércitos, pero no habían olvidado sus deberes hacia el jefe de su casa, el rey de Sajonia, que les había protegido siempre contra Napoleón; y en aquel momento abogaban por su causa con una honrosa fidelidad. Uno de estos príncipes estaba en Viena, donde desafiaba todos los días las iras y las amenazas de Alejandro, el otro estaba en Londres, donde, según decían, se preparaba á casarse con la princesa Carlota de Inglaterra. Los dos, secundados por los ministros austriacos, hicieron conocer al príncipe regente, futuro monarca de Hannover é Inglaterra, el peligro de sacrificar la Sajonia, y á su vez, el príncipe regente influyó con el gabinete británico para que formalmente ordenara á lord Castlereagh que defendiera á la Sajonia. En efecto, la orden fué dada, y llegó á Viena en los primeros días de diciembre.

Esta orden no podía llegar más á propósito, pues obligaba á lord Castlereagh á variar de conducta y le ayudaba á ello, dándole un motivo muy natural para explicar este cambio. Estas nuevas instrucciones le hubieran contrariado quizá si hubieran llegado algunos días antes: entonces satisfacían á lord Castlereagh, toda vez que había sido engañado por su complacencia hacia los prusianos. En consecuencia, acto continuo se puso de acuerdo con Mr. de Metternich, convinieron en que era preciso negar el sacrificio de la Sajonia y de la Polonia, y hacer comprender su oposición bajo todos conceptos á los dos monarcas aliados. El príncipe de Wrede, representante muy activo y muy útil de la Baviera, aconsejaba determinaciones enérgicas. En nombre de su corte, ofrecía veinticinco mil hombres por cada cien mil que suministrara el Austria, y además quería que se entendieran con la Francia, pues sin ella la balanza de las fuerzas estaría siempre incierta. En efecto, el Austria tenía trescientos mil hombres, de los cuales podría emplear doscientos mil contra la Rusia y la Prusia; la Baviera daría lo menos sesenta mil, aunque ésta creía poder reunir más; los otros príncipes alemanes, fuera del alcance de la acción de prusianos y rusos, darían cerca de cuarenta mil; el reino de los Países Bajos quizá otros tantos; pero no debía confiarse en contar con mayores fuerzas, teniendo la Inglaterra como tenía ocupadas todas sus tropas en la guerra de América. El total formaría un ejército de trescientos cincuenta mil hombres, no siendo mayores las fuerzas que la Rusia y la Prusia podían reunir, una doscientos mil y otra ciento cincuenta mil. Iguales en número, y suponiendo en unos y otros el mismo valor, la suerte de las armas era dudosa, y estaban expuestos á destrozarse mutuamente sin resultado, durante algunos años, en presencia de la Francia, simple espectadora de un conflicto tan dichoso para ella. Con el fin de hacerlo decisivo, era preciso comprometer á la Francia, aceptando cien mil franceses, que terminarían la contienda cayendo sobre la Prusia, ya por las provincias rhinianas, ya por la Franconia. No hay duda de que debía temerse el precio con que sería preciso pagar este concurso si se veían precisados á pedirlo; pero la legación francesa lo ofrecía gratis, sin que se lo pidie-

ran, y acompañaba este ofrecimiento con las más vivas instancias para hacerlo aceptar.

Estas razones, expuestas en particular por la Baviera, y conocidas espontáneamente por todo el mundo, eran decisivas. Con efecto, hubiera sido una locura no aceptar el socorro de la Francia, que lo ofrecía gratuitamente, y que debía ser muy eficaz por más que hubiesen afectado dudarlo. En aquellos momentos se esparció por todas partes, provocada por Mr. de Talleyrand, la noticia de nuestros armamentos, y la ciudad de Viena estaba llena de cartas de París en las cuales se decía todo lo que allí pasaba. Estas cartas hablaban del estado interior de la Francia y del descontento que causaba la política de los Borbones; todas hacían mención de la mala disposición del ejército; mas añadían que este disgusto no impedía el aumento de éste, que jamás había estado compuesto de mejores soldados, y que empleado contra el extranjero sería tan temible como en los días de su más brillante gloria. Las cartas dirigidas á los rusos y prusianos eran menos benévolas para la Francia, y sobre todo para los Borbones; pero las que emanaban del duque de Wellington y de Mr. de Vincent, embajadores de Inglaterra y Austria en París, aunque conviniendo en las faltas políticas de la dinastía restaurada, estaban acordes en ensalzar al ejército francés y en manifestar el partido que podían sacar de él; ensalzaban también el buen estado de la hacienda, cuyo rápido restablecimiento no sabían explicarse, pero cuyo poder parecía ser grande, á juzgar por la facilidad que se manifestaba en el cumplimiento de todas las obligaciones.

Así, pues, no se debía dudar por más tiempo, como habían parecido hacerlo lord Castlereagh y Mr. de Metternich, de la eficacia de los socorros que la Francia podía prestar. No debían, pues, dudar más de su solicitud, pues las instancias de Mr. de Talleyrand por figurar en aquella cruzada en favor de Sajonia y las comunicaciones continuas, cambiadas entre la legación francesa y bávara, no dejaban ninguna duda sobre este particular. Sin embargo, no tenían que apresurarse á hacer confidencias á la Francia, ni á comunicarla que los aliados se hallaban en el caso de combinar planes de campaña los unos contra los otros. Movid por el amor propio de aliados, lord Castlereagh y Mr. de Metternich no querían franquearse con Mr. de Talleyrand, aunque estaban ciertos de su concurso á la primera señal: por otra parte, sabían que la Baviera le diría siempre lo bastante para que estuviera pronto. En su consecuencia, fijaron un plan que debería realizarse en el mes de marzo de 1815, y en el cual, sin haber dicho una palabra á la Francia, se dispondría de sus fuerzas. En virtud de este plan, combinado por el príncipe de Schwartzberg y el mariscal de Wrede, trescientos veinte mil austriacos, bávaros, wurtembergueses, badenses, sajones, etc., debían ejecutar sus operaciones en dos partes, en la Moravia y en la Bohemia. El primero de estos dos ejércitos, compuesto de doscientos mil hombres á las órdenes del príncipe de Schwartzberg, avanzaría por la Moravia hacia el alto Vístula, y el segundo, de ciento veinte mil, bajo el mando del mariscal de Wrede, marcharía por la Bohemia hacia el Óder, en tanto que cincuenta mil franceses entrarían en Franconia para impedir que coparan al ejército de Bohemia, y cincuenta mil en las provin-

cias rhinianas para operar en Westfalia de concierto con los holando-belgas. Con estas fuerzas, no se dudaba que la Prusia sucumbiría, y que se arrojaría á la Rusia más allá del Vístula. A la Inglaterra, hasta el fin de su guerra en América, se la dispensaría de dar soldados, pero secundaria á los nuevos aliados, excepto á los franceses, que no tenían necesidad ni de dinero ni de la espada de nadie. Todo este plan, que se proponían examinar más maduramente si llegaban á su ejecución, debía quedar secreto entre los ingleses, los austriacos y los bávaros, y no ser comunicado á los franceses más que por una indiscreción oficiosa de la Baviera. Provisionalmente, y por primera precaución, el Austria hizo marchar veinticinco mil hombres de refuerzo á Galitzia, donde ya tenía cuarenta mil.

Fuerte con estas combinaciones, Mr. de Metternich se explicó al fin categóricamente con los rusos y prusianos, y en una nota fechada el 10 de diciembre declaró que, vista la opinión unánime de la Alemania; vistas las resoluciones de la Inglaterra, expresadas en las nuevas instrucciones que había recibido lord Castlereagh; vista la opinión de todas las grandes potencias europeas, especialmente la de la Francia; visto, en fin, que no se ejecutaban las condiciones propuestas á la Prusia, en un momento de condescendencia á sus deseos, la Sajonia, desde luego, quedaría en su mismo estado, salvo algunos sacrificios de territorio que se habían juzgado necesarios para trazar mejor la frontera prusiana, y que, en todo caso, serían el castigo de las faltas cometidas por el rey Federico Augusto.

El lenguaje del Austria, muy explícito esta vez, produjo en Viena una grande emoción. No podían hablar de este modo sino después de haber tomado un partido bien calculado de llegar al último extremo, de haber tenido en cuenta sus recursos, preparado sus medios, y aun estrechado alianzas. Por lo demás, el aspecto exterior de las cosas parecía revelar que el Austria, Inglaterra y Francia se habían puesto de acuerdo, y en consecuencia habían tomado la resolución de obrar. ¿Qué sería de la Prusia y de la Rusia solas contra la Inglaterra, el Austria y la Francia? Las potencias del Norte no podrían sostener la lucha. Los prusianos, contra quienes se dirigía más particularmente esta demostración, se exasperaron en extremo. Por entonces se hallaban en Viena, rodeando al rey Federico Guillermo, los principales jefes del ejército prusiano, asediándole con sus orgullosas exigencias, especialmente el mariscal Blücher, usando un lenguaje de los más altaneros, y pretendían haber sido los únicos vencedores de Napoleón, los únicos que habían salvado á la Europa. Nada podía negárseles, si se les daba crédito, y cualquiera que se hubiese opuesto á sus pretensiones estaba seguro del encuentro de sus espadas.

Los ministros prusianos, impulsados por el mismo sentimiento, querían contestar inmediatamente á la nota austriaca, é iban á hacerlo con toda la vehemencia del estado mayor, y hasta se disponían á fulminar contra el Austria la acusación de haber faltado á su fe, cuando el emperador Alejandro, que no estaba dispuesto á llevar las cosas tan lejos, aunque lo deseaba más que ellos, les impidió dejarse llevar del primer movimiento, y sobre todo de servirse del lenguaje que parecían dispuestos á usar en su respuesta; los contuvo y manifestó su destre-

za, en la cual sobresalía cuando no modificaba su carácter. Primero vió á los austriacos, empezando por el príncipe de Schwartzenberg y el emperador Francisco; encontró al primero, no arrogante como los prusianos, pero sí severo y resuelto, y se mostró bastante descontento de él para quejarse á Mr. de Metternich, á quien acusaba de haber llenado de falsas ideas la cabeza del jefe del ejército austriaco. En seguida, se fué á ver al emperador Francisco, en el cual halló la acogida de un anfitrión hacia sus huéspedes, pero con aquella tranquila determinación que con frecuencia más bien impone que irrita. Tuvo en fin una nueva entrevista con Mr. de Talleyrand, era la tercera, pues desde que Alejandro estaba en Viena no visitaba al ilustre diplomático, en cuya casa, sin embargo, había vivido en París. Esta vez él solicitó, por decirlo así, la entrevista, y tomando del brazo á Mr. de Talleyrand en uno de los salones de Viena, le indicó que le diese una cita. Habiéndose presentado Mr. de Talleyrand el día elegido, fué acogido, si no con la seductora bondad de los primeros tiempos, al menos con una bondad amistosa, que era una invitación á que se le acercara, y trató con notable moderación los asuntos que hacía tan poco alteraban toda su sangre fría. Preguntó á Mr. de Talleyrand cómo era que, después de haberse mostrado en París favorable á la reconstitución de la Polonia, era entonces tan contrario á ella; á lo que Mr. de Talleyrand le respondió que aún era partidario de la restauración de la Polonia, pero de la Polonia libre, independiente y teniendo un carácter europeo, y no el de Polonia rusa. El diplomático francés añadió, conforme á la táctica empleada, que, por lo demás, la Polonia no interesaba á la Francia más que cuando se tratara de darla unidad, pero que tratándose del trazado de fronteras entre Alemania y Rusia, les abandonaba su tarea que les interesaba á ellas exclusivamente, y que en esta cuestión, la Rusia no encontraría á los franceses en contra suya. Sin duda alguna, esto era, en cierto modo, estar de acuerdo, pero esto no era conceder nada al zar, si al concederle la Polonia no le concedían la Sajonia. Sobre este último, Mr. de Talleyrand estuvo inflexible, y dejando los argumentos apoyados en el equilibrio europeo, se esforzó en demostrar al emperador Alejandro que el reposo del mundo y la gloria de la Europa exigían entonces el restablecimiento de la legitimidad en todas las cosas y en todas partes. Tales ideas no tenían mucho ascendiente sobre el zar, sobre todo en boca de Mr. de Talleyrand. No pareció dar gran importancia á esta profesión de fe del antiguo ministro del usurpador, y le repitió que «él estaba comprometido con los prusianos, que la política suya era el cumplimiento de su palabra; y que si Mr. de Talleyrand podía decidir á los prusianos á que prescindieran de ella, él no insistiría más. Mr. de Talleyrand respondió que era preciso dirigirse á otro que á él para influir sobre los prusianos, pero que el emperador Alejandro tenía un medio para cambiar sus resoluciones, el cual era entregarles su parte de la Polonia. «Queréis, dijo Alejandro, que yo me despoje para daros gusto... Yo no puedo hacer eso. Pero veamos, añadió, hagamos un convenio; poseo vuestro secreto, sé cuál es aquí vuestro objeto principal; deseáis la caída de Murat. Pues bien, unámonos (dijo, tendiendo la mano á Mr. de Talleyrand), estaré á vuestro lado en esta cuestión, y pronto

quedará decidida según vuestros deseos si me concedéis la Sajonia.» En este momento había en la fisonomía de Alejandro la viva y seductora expresión del deseo, y era evidente que si en Viena se hubieran entendido los intereses de la Francia de otro modo, si no los hubiesen hecho consistir en la salvación de la Sajonia, se habría obtenido todo de la Rusia. Pero Mr. de Talleyrand, cuyo tema estaba fijado, continuó insensible á los halagos de Alejandro, y le respondió que él no podía admitir semejante proposición, pues esto era admitir la usurpación sobre un punto de Europa para hacer triunfar la legitimidad sobre otro; que, por todas partes, era preciso la legitimidad, y hablaba como el pontífice de una religión que desgraciadamente hacía sonreír á Alejandro.

No pudiendo realizarse el convenio, el zar quiso al menos sacar algo de esta entrevista, y saber por Mr. de Talleyrand qué había sobre los armamentos de la Francia, de los que se hablaba en Viena, y cuál era el uso que se proponían hacer de esas fuerzas armadas. Sin parecer dar grande importancia á estas preguntas, pero aproximando el oído á Mr. de Talleyrand (tenía uno con el cual oía trabajosamente), le preguntó en qué estado se encontraba el ejército francés, y si habían juzgado conveniente reorganizarlo, como se susurraba en Viena. Entonces, con ese arte que Mr. de Talleyrand poseía en el más alto grado, y con una expresión de inimitable indiferencia, contó al emperador todo lo que habían hecho, y lo que aún harían para reorganizar el ejército francés, para adherirle al nuevo gobierno, y sobre todo para ponerlo en el mejor estado por si necesitaban presentarle al enemigo. Dijo con indiferencia que, en aquel momento, tenían doscientos mil hombres, que para el mes de marzo tendrían trescientos mil, todos soldados veteranos, vueltos del extranjero, que habían reemplazado en los cuadros á los quintos de 1815. Dió todos estos detalles sin pretender producir efecto con ellos, ni aun parando la atención en ver si lo producían. Alejandro no disimuló sus impresiones tan bien como Mr. de Talleyrand, y se separaron con una cortesía estudiada; pero el zar muy preocupado con lo que había sabido, pues no dudaba que estas nuevas fuerzas de la Francia estarían al servicio de Inglaterra y del Austria, si había guerra por la cuestión de la Sajonia y la Polonia.

Sin embargo, con el fin de asegurarse mejor, Alejandro mandó al príncipe Czartoryski cerca de Mr. de Talleyrand, muy ocupado siempre en la suerte de la Polonia, y desvelándose por su interés, con encargo de poner en armonía á la Rusia y á la Francia. El motivo de la visita era una frase del despacho de Mr. de Metternich, en la cual se alegaba la opinión de las potencias europeas, especialmente la de la Francia, contra el proyecto de sacrificar á la Sajonia. El príncipe estaba encargado de inquirir el verdadero sentido de esta frase, que parecía indicar un acuerdo completo entre el Austria y la Francia. Adivinando Mr. de Talleyrand lo que querían saber de él, persistió en la táctica de hacer creer más de lo que había y de intimidar á Alejandro con la idea de una coalición formada ya entre la Inglaterra, la Francia y el Austria, pero de manera que no fuera la Francia la mayor enemiga de la Rusia. Mr. de Talleyrand manifestó una pronunciada amistad hacia la Rusia, un gran deseo de estar siempre de acuerdo con ella, pero dejó ver al mismo tiempo que, relativamente á la Sajonia, la Fran-

cia se hallaría al lado de todos aquellos que la defendieran, aunque fuese con la espada. Se vanaglorió tanto, que después de esta conversación, el príncipe Czartoryski debió creer que Mr. de Talleyrand estaba más admitido de lo que lo estaba en realidad en las confidencias de la Inglaterra y el Austria. Pero el efecto que se deseaba estaba producido, y vista la política adoptada, esto era lo esencial.

Todas las oposiciones se agitaban contra los proyectos de Alejandro y de Federico Guillermo. Los príncipes alemanes, los del Norte y del Mediodía, casi todos en Viena, querían hacer una declaración común, que tuviera por objeto protestar contra la anexión de la Sajonia á la Prusia. Sólo un príncipe se segregaba de esta unanimidad: éste era el hijo del rey de Wurtemberg, aquel que había servido contra los franceses en Rusia, que ya con nosotros ó contra nosotros había hecho la guerra de una manera brillante, y que enamorado de las gracias de la archiduquesa Catalina, con quien debía casarse, estaba identificado con la política rusa.

Este príncipe, generalmente poco de acuerdo con su padre, empleó toda su influencia para impedir la declaración proyectada, amenazó á los príncipes de segundo orden con la ira de la Prusia si la firmaban y consiguió detenerlos. Sin embargo, el resultado fué el mismo, y el comité encargado de los asuntos germánicos declaró que suspendía sus tareas hasta tanto que estuviere asegurada la suerte de la Sajonia, lo que significaba que sus resoluciones dependerían por completo de las que se tomaran respecto de este reino, por el cual todos los príncipes alemanes se interesaban como por ellos mismos.

Ante estas oposiciones, las unas morales y las otras materiales, era preciso resignarse á otorgar concesiones, y aunque trabajó Alejandro por evitarlas consintió al fin en doblegarse á hacer algunas. Impulsado por su primitivo entusiasmo, pensó en exigir todo el antiguo territorio polaco, pero renunció á él en vista de la resistencia general. Sin embargo, estaba decidido á exigir y obtener á toda costa lo que esencialmente constituía la Polonia, es decir, el cauce del Vístula desde Sandomir á Thorn. De este modo, debía tener Varsovia rodeada de un territorio suficiente; y poseyendo á Varsovia rodeada, podía vanagloriarse de haber reorganizado la Polonia, y de haber alcanzado el triunfo en aquella especie de contienda que sostenía con la Europa entera, tanto por amor propio como por espíritu caballeresco. Estaba, pues, pronto á hacer concesiones con tal de que quedase incólume su pretensión.

La Prusia era quien debía hacer las principales respecto del gran ducado de Posen. Si, por esta parte, hubiera Alejandro tomado todo el antiguo territorio polaco, habría llegado hasta el Óder, pues este territorio se extendía casi hasta la confluencia del Wartha con el Óder y concluía no lejos de Custrin, de Francfort sobre el Óder y de Glogau. Por consiguiente, no dejaba sobre la orilla derecha del Óder más que una línea muy estrecha de territorio para componer la Silesia. De este modo, Alejandro penetraba en el fondo del ángulo que la vieja Prusia y la Pomerania formaban con la Silesia, y podía avanzar hasta colocarse en el centro de la monarquía prusiana, lo que alarmaba mucho á los alemanes y aun á los mismos prusianos, pues entre estos últimos, los que más cedían al amor propio y no á las justas consi-